

El sueño

Aquella mañana Javier despertó por culpa del sonido del teléfono de su hermano. 7

El pitido que anunciaba un nuevo mensaje había retumbado en la habitación, logrando interrumpir aquel sueño del que no hubiera querido despertar.

—¡Deberías apagarlo en la noche! —dijo Javier molesto.

—Ya, Bicho, no seas cascarrabias, es un amigo de la universidad que sigue de parranda.

Javier cerró los ojos con desesperación, como si con eso pudiera regresar al sueño interrumpido y recuperar el momento preciso en que ella lo había besado. Pero fue inútil, la imagen de su sonrisa y la cálida sensación que le había dejado ese beso se fueron desvaneciendo poco a poco y la realidad se impuso.

Al rato Renzo le preguntó:

—¿Qué soñabas, Bicho?

—Nada —respondió Javier y le dio las espaldas.

Cómo decirle que estaba soñando con ella, con la chica de quien su hermano estaba enamorado.

La pesadilla

Javier tenía apenas seis años cuando una araña gigante se convirtió en la protagonista de su peor pesadilla. Despertó en mitad de la noche con la certeza de que la araña había logrado salir del sueño para colarse en su habitación. La imaginó observándolo desde algún lugar oscuro y esperando el momento para descender desde el techo lentamente y posarse en la almohada para que cuando él despertara sintiera sus patas peludas rozándole la piel.

En un primer impulso quiso correr a donde su padre para que lo salvara del monstruo y del miedo que le causaba, pero entonces recordó que su padre ya no estaba con ellos, semanas atrás se había marchado de casa y desde entonces parecía como si una puerta hubiera quedado permanentemente abierta y por allí pudieran entrar todo tipo de amenazas, pesadillas y corrientes de aire frío.

Pensó en acudir a su hermano Renzo, con quien compartía habitación, pero lo descartó enseguida. Pese a que Renzo era el mayor y siempre quería demostrar su valentía y audacia, era el más sensible y miedoso de los dos.

Javier corrió a la habitación de su madre y la vio dormida, estuvo a punto de subirse a su cama, despertarla con su llanto y decirle que había tenido una pesadilla, pero se arrepintió. Desde la separación, a ella le costaba conciliar el sueño, y al verla descansar Javier quiso que siguiera así.

10 Volvió a su habitación seguro de que la araña había traspasado la frontera del sueño y, pese al miedo que sentía, decidió enfrentarla, encendió una pequeña linterna y buscó al monstruo levantando muy despacio las sábanas, el edredón y las almohadas. Se sentó en un rincón de la habitación con la linterna encendida y un zapato en la mano, por si la araña aparecía repentinamente.

Al rato, Renzo despertó.

—¿Qué pasa, Bicho? ¿No puedes dormir?

—No.

—Cierra los ojos y cuenta ovejas.

—Solo sé contar hasta cien, y con cien ovejas no me da sueño, necesito más.

—¿Tuviste pesadillas?

—Sí.

Renzo se restregó los ojos, vio a su hermano menor ahí, sentado en un rincón, asustado todavía, y bajó de la cama arrastrando el edredón. Se sentó junto a él y le preguntó:

—¿Un monstruo?

—Algo así.

—¿Era muy feo?

—Un poco.

Renzo suspiró y le dijo:

—No tengas miedo, Bicho. Los sueños no se hacen realidad.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque llevo días soñando que papá regresa.

Fue precisamente Renzo quien bautizó a su hermano menor con el nombre *Bicho*. Tenía tres años cuando vio a sus padres llegar del hospital con un paquete en brazos. Ese paquete lloraba, dormía y ocasionalmente hacía cosas que a él le resultaban asquerosas. Renzo había dejado de ser hijo único y esa certeza no le hacía nada feliz.

11

En la foto en que aparecen juntos por primera vez, Renzo no puede disimular su disgusto al ver a su hermano pequeño. Lo mira como si en lugar de un bebé fuera una albóndiga cruda.

En una ocasión Javier le pidió entre sollozos a su madre que obligara a Renzo a que dejara de llamarlo *Bicho*.

—Pero si se lo digo de cariño, mamá: Javier, Javicho, ¡Bicho!

Su mamá le dijo entonces:

—Tu hermano no es un insecto, te prohíbo que le hables como si fuera una cucaracha o un chinche.

Ante eso Renzo volvió al ataque, y esta vez lo hizo usando un recurso que siempre le funcionaba y para el que tenía gran habilidad: puso cara de bueno.

—No solo las cucarachas y los chinches son bichos, mamá, también lo es la luciérnaga, ese bichito luminoso

tan bonito. ¿No te parece que cuando Javier llegó a nuestras vidas fue como una lucecita para todos nosotros?

Su madre se emocionó ante esa patraña contada con demasiada azúcar, y desde ese día todos en casa pasaron a llamar a Javier, oficial y cariñosamente, *Bicho*.

12 A pesar de ese detalle, que Javier terminó por aceptar con resignación, Renzo y él se llevaban bien; bueno, todo lo bien que se pueden llevar dos hermanos, tomando en cuenta que sus muestras de afecto podrían ser consideradas delitos en algunos países.

Después de aquella noche de pesadilla, a la hora del desayuno, cuando aún Javier no se había recuperado de la sensación desagradable que le había dejado aquel sueño, Renzo, que en la luz del día se envalentonaba, insistió para que lo contara.

—¡Dale, Bicho, cuenta! Qué soñaste.

—Era una araña gigante, peluda y venenosa que quería acabar conmigo. Además, hablaba con una voz parecida a la de Darth Vader. Tenía unos colmillos enormes y yo sabía que me estrangularía y me chuparía la sangre.

Renzo y su madre lo miraron sorprendidos, y Renzo preguntó:

—¿Una araña gigante, peluda, venenosa, con colmillos, chupasangre, estranguladora y que hablaba español?

—Sí —contestó Javier haciendo pucheros.

Renzo soltó una carcajada como si, en lugar de un monstruo, Javier hubiese descrito a un payaso.

—¡Eso te pasa por cenar lentejas, Bicho!

Javier se puso a llorar, ya no por el miedo, sino porque su hermano se burlaba de él. La madre se acercó y lo abrazó:

—No le hagas caso, Bichito, y no te preocupes, que esa araña no volverá.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Porque te lo aseguro yo, que soy tu madre! Es más, te lo voy a firmar, fíjate.

Tomó una servilleta y en ella escribió:

13

*En la habitación de Javier están prohibidas
las pesadillas de arañas y monstruos.*

Firma: Mamá.

Javier y su madre pegaron la servilleta en la cabecera de la cama y desde ese día, mágicamente, Javier volvió a dormir tranquilo. Sin embargo, una noche escuchó a su madre llorar en su habitación. Al día siguiente ella encontró en su mesa de noche un papel que decía:

*En esta habitación están
prohibidos los sueños tristes.*

Firma: Javier.